MINISTERIO PASTORAL Y MISERICORDIOSO

DOI: <https://doi.org/10.52039/seminarios.v63i220.76>

BENIAMINO STELLA*

INTRODUCCIÓN

El Papa Benedicto XVI insistió durante su Magisterio en el peligro que supone para la fe el relativismo y sus consecuencias, desde un plano doctrinal y reflexivo. Por su parte, el papa Francisco ha apuntado a las formas concretas y cotidianas que adopta este relativismo, tanto dentro como fuera de la Iglesia, y que podríamos llamar «mundanidad»¹; una mundanidad que conduce a la «tristeza individualista» en la que vive hoy nuestro mundo e, incluso, a veces nuestra Iglesia. Así, el papa Francisco, al convocar un «Año de la Misericordia», nos exhorta a renovar el encuentro personal con Jesucristo, fuente de la verdadera alegría. Llevar con alegría la Buena Noticia del amor incondicional de Dios ha sido y es la misión de la Iglesia.

Quisiera compartir con Ustedes una reflexión sobre la importancia de la misericordia en cada uno de los tres «munus» o funciones —enseñar, santificar y guiar—², que constituyen la misión del obispo y del presbítero, y de la que participa también, por el sacramento del orden, el diácono. Para ello me serviré de algunas enseñanzas, sin duda conocidas, que el papa Francisco nos ha ofrecido en estos tres años de servicio a la Iglesia Universal como sucesor del apóstol Pedro y como obispo de Roma.

* Cardenal Prefecto de la Congregación del Clero que incluye a Seminarios. Esta conferencia fue pronunciada en Vic (Barcelona/España), el 11 de abril de 2016, para conmemorar el Centenario de la muerte del que fuera obispo de la diócesis, el venerable Josep Torres i Bages.

1. Francisco, *Evangelii gaudium*, 93-97.

2. «Los presbíteros son, en la Iglesia y para la Iglesia, una representación sacramental de Jesucristo Cabeza y Pastor, proclaman con autoridad su palabra; renuevan sus gestos de perdón y de ofrecimiento de la salvación, principalmente con el bautismo, la penitencia y la eucaristía; ejercen, hasta el don total de sí mismos, el cuidado amoroso del rebaño, al que congregan en la unidad y conducen al Padre por medio de Cristo en el Espíritu» (*Pastores dabo vobis*, 15).

1. ANUNCIADORES DE LA MISERICORDIA

1. *El sacerdote escucha y acoge la Palabra de Dios*

Para todo bautizado, y por supuesto para aquellos que han sido sellados con el sacramento del orden, es necesaria una acogida de la Palabra de Dios. En ella, en primer lugar y ante todo, se nos hace presente el amor y la misericordia que Dios tiene con cada uno de nosotros. Como recordaba el Papa en una celebración de la santa misa en Santa Marta: «Dios nos precede en el amor, un amor eterno que se manifiesta en su Hijo, venido para salvarnos»³. Sólo fundamentados en este amor, al que hemos de volver continuamente, podemos construir nuestra vida cristiana y nuestro ministerio sacerdotal.

La fe es para todo creyente la respuesta agradecida a un amor primero, un amor que nos ha precedido y que nos acompaña a lo largo de toda nuestra vida.

El papa Francisco nos recordaba en otra meditación que este primer amor «no se olvida nunca. Y esto vale también para los obispos y los sacerdotes, que deben siempre recordar la belleza de su primer encuentro con Jesús. Y deben después ser pastores que siguen paso a paso al Señor, sin preocuparse de cómo terminará su vida»⁴.

Es, por tanto, necesario que los sacerdotes volvamos continuamente al «amor primero» (Ap 2, 4), recordando de dónde hemos sido llamados y para qué hemos sido llamados. En este encuentro, que podríamos denominar «primordial» o «primero», el Santo Padre destaca la importancia de dejarse sorprender por Dios⁵, pues todo encuentro con la Palabra viva es tan eficaz que suele «superar nuestras previsiones y romper nuestros esquemas»⁶.

Consecuencia de este encuentro y de esta acogida sincera del amor que sale a nuestro encuentro es la *alegría*⁷ que brota del corazón que se sabe querido, amado y perdonado por Dios. Este gozo profundo es la garantía del encuentro sincero con el Señor.

3. Francisco, *Meditazione mattutina nella cappella della Domus Sanctae Marthae*, giovedì, 8 gennaio 2015, L'Osservatore Romano, 9 de enero de 2015.

4. Francisco, *Meditazione mattutina nella cappella della Domus Sanctae Marthae*, venerdì, 6 giugno 2014, L'Osservatore Romano, 8 de junio de 2014.

5. Francisco, *Misericordiae vultus*, 25.

6. Francisco, *Evangelii gaudium*, 22.

7. «Si acogemos esta Palabra, que es Jesucristo, palabra encarnada, el Espíritu Santo nos transforma, ilumina nuestro camino hacia el futuro y da alas a nuestra esperanza para recorrerlo con alegría» (Francisco, *Lumen fidei*, 7).

En su carta *Misericordiae vultus*, con la que el Papa ha convocado el Jubileo de la Misericordia, nos recuerda que para ser «capaces de misericordia [...] debemos en primer lugar colocarnos a la escucha de la Palabra de Dios»⁸, pues sólo quien tiene experiencia del amor incondicional de Dios en su vida y de su perdón constante, podrá anunciar y testimoniar este amor y esta misericordia a los demás. Es interesante destacar la insistencia del Papa en el hecho de que la Palabra es siempre una llamada a salir de la «propia comodidad y atreverse a llegar a todas las *periferias*»⁹ necesitadas de la luz del Evangelio.

2. *El sacerdote anuncia con gozo la misericordia*

La consecuencia de acoger con espíritu humilde la Palabra de Dios, su llamada, no puede ser otra que la de responder con la entrega de todo lo que somos, poniéndonos al servicio del anuncio de esta Buena Noticia a los demás. En el Congreso internacional, celebrado en Roma con ocasión del décimo aniversario de la encíclica *Deus caritas est*, Francisco afirmaba que «la historia de la Iglesia [...] es una historia de caridad. Es la historia del amor que hemos recibido de Dios y debemos llevar al mundo: esta caridad recibida y dada es el fundamento de la historia de la Iglesia y de la historia de cada uno de nosotros»¹⁰.

A su vez, en la carta de convocatoria del Jubileo, el papa Francisco nos recordaba que el Año de la Misericordia se convoca con ocasión del cincuenta aniversario del Concilio Vaticano II, y que en dicho Concilio los Padres reunidos «habían percibido intensamente, como un verdadero soplo del Espíritu, la exigencia de hablar de Dios a los hombres de su tiempo de un modo más comprensible. Derrumbadas las murallas que por mucho tiempo habían recluso a la Iglesia en una ciudadela privilegiada, había llegado el tiempo de anunciar el Evangelio de un modo nuevo»¹¹. Y esa forma nueva, que en esencia es la misma de siempre, no es otra que anunciar y testimoniar la misericordia que Dios tiene con nosotros, «llevar una palabra y un gesto de consolación a los pobres, anunciar la liberación a cuantos están prisioneros de las nuevas esclavitudes de la

8. Francisco, *Misericordiae vultus*, 13.

9. Francisco, *Evangelii gaudium*, 21.

10. Francisco, *Discurso a los participantes en un congreso internacional sobre la encíclica «Deus caritas est»*, de Benedicto XVI, en el X aniversario de su publicación, Ciudad del Vaticano, viernes 26 de febrero de 2016.

11. Francisco, *Misericordiae vultus*, 4.

sociedad moderna, restituir la vista a quien no puede ver más porque se ha replegado sobre sí mismo, y volver a dar dignidad a cuantos han sido privados de ella»¹².

Ese amor que Dios tiene por el ser humano y que manifiesta a través de Jesucristo, la Palabra hecha carne, es la Verdad, una verdad de la cual la Iglesia «se hace sierva y mediadora ante los hombres»¹³. Amor y verdad no se pueden separar en ningún caso, se necesitan mutuamente¹⁴. El sacerdote con su vida, con sus obras y con su palabra, está llamado a ser testigo de la verdad. No estamos en posesión de la verdad –autorreferencialmente–, sino al servicio de la verdad que se nos ha revelado en Jesucristo¹⁵.

Si el papa Benedicto XVI nos invitaba a reflexionar sobre cómo a veces damos por hecho y presuponemos la fe, el papa Francisco parece querer recordarnos que a veces, también en nuestra predicación, damos por suelta la misericordia, cuando en realidad, hemos de anunciarla explícitamente con la intención de despertar en los demás el deseo de acercarse a Cristo, fuente inagotable de misericordia. Este servicio a la verdad en el que anunciamos la misericordia de Dios, lo ejercemos de varias maneras en nuestro ministerio, principalmente a través de la *predicación de la Palabra de Dios* en sus diversas formas: homilía, catequesis, enseñanza en la escuela, en los medios de comunicación y, por supuesto, a través del «libro no escrito» que es la propia vida.

Me refiero brevemente a dos formas de llevar a cabo este anuncio: la homilía, inherente al ministerio recibido, y la catequesis, «deber propio y grave, sobre todo de los pastores de almas»¹⁶.

a) La *homilía*, a la que el Papa dedica un apartado de su exhortación *Evangelii gaudium*¹⁷ y que forma parte de la celebración litúrgica, tiene una gran importancia los domingos y días festivos, pero también cada día. Esta forma de predicación es expresión del diálogo de amor que Dios

12. *Ibid.*, 16.

13. *Ibid.*, 12.

14. Francisco, *Lumen fidei*, 27.

15. «La fe sin verdad no salva, no da seguridad a nuestros pasos. Se queda en una bella fábula, proyección de nuestros deseos de felicidad, algo que nos satisface únicamente en la medida en que queramos hacernos una ilusión. O bien se reduce a un sentimiento hermoso que consuela y entusiasma, pero dependiente de los cambios en nuestro estado de ánimo o de la situación de los tiempos, e incapaz de dar continuidad al camino de la vida» (Francisco, *Lumen fidei*, 24).

16. CIC, can. 773.

17. Francisco, *Evangelii gaudium*, 135-144.

mantiene con su pueblo, con su esposa. En ella, la Iglesia, como una madre, habla a sus hijos, haciéndoles presente el amor de Dios. Antes que impartir grandes lecciones doctrinales, morales o exegéticas, hemos de predicar hablando al corazón de los hombres, aplicando el bálsamo de la misericordia a quienes están heridos por el pecado, por los miedos o por la desesperanza.

Para predicar a nuestras gentes, hemos de conocerlas, saber de sus necesidades, de sus gozos y sus sufrimientos concretos. De este modo, será más fácil que la Palabra de Dios, viva y eficaz, llegue a sus corazones y la puedan acoger¹⁸.

b) La *catequesis*, tal como indica incluso el Código de Derecho Canónico, es necesaria para que «la práctica de la vida cristiana se haga viva, explícita y operativa»¹⁹. Por ello hemos de trabajar para recuperar y cuidar la catequesis parroquial a todos los niveles, no sólo la catequesis de niños, para prepararlos a recibir los sacramentos de la iniciación cristiana, o el breve curso preparatorio para el matrimonio. También los padres de familia, los jóvenes e incluso nosotros mismos, necesitamos de la catequesis, a modo de formación continua, que nos refresque los contenidos principales de la fe, de modo que podamos ponerla por obra de una forma cercana y sencilla²⁰.

Y para que la catequesis toque el corazón de quien la escucha, nos recuerda el Papa, ha de ponerse en su centro el *kerigma*²¹, esto es, el anuncio del amor de Dios, un amor misericordioso y fiel, previo a cualquier enseñanza doctrinal o moral. Se trata de presentar ante el oyente al mismo Jesucristo, muerto y resucitado por amor al Padre y a nosotros, que nos regala su Espíritu Santo. Por eso, toda formación cristiana es «ante todo la profundización del *kerigma* que se va haciendo carne cada vez más y mejor, que nunca deja de iluminar la tarea catequética y que permite comprender adecuadamente el sentido de cualquier tema que se desarrolle en la catequesis»²².

18. A este respecto, recomiendo una lectura serena del *Directorio homilético*, publicado en 2014 por la Congregación para el Culto divino y la disciplina de los sacramentos.

19. CIC, can. 773.

20. Sirvan de ejemplo las catequesis que ha desarrollado el papa Francisco sobre «el matrimonio y la familia» durante el año 2015, en la audiencia de los miércoles, que son sencillas, cercanas y capaces de despertar el deseo de poner por obra lo que allí se anuncia.

21. Francisco, *Evangelii gaudium*, 166.

22. *Ibid.*, 165.

2. CELEBRAMOS LA MISERICORDIA

El sacerdote, consciente de que lleva «un tesoro en vaso de barro» (2 Cor 4, 7), entrega su vida al Señor para que este, por medio de los signos sacramentales, haga partícipe al pueblo de Dios de la gracia y de la vida divina. Como nos recuerda la exhortación *Pastores dabo vobis*, los sacerdotes «renuevan sus gestos de perdón y de ofrecimiento de la salvación, principalmente con el bautismo, la penitencia y la eucaristía»²³. Jesús bendice, cura, sana, consuela y fortalece a su pueblo por medio de los sacramentos.

En cada uno de ellos se realiza un acto de misericordia de Dios hacia el hombre:

–En el bautismo somos regenerados y adoptados como hijos y como herederos de las promesas de su Reino.

–En la confirmación, ante todo, Dios confirma el don irrevocable de su amor y de su misericordia y nos capacita para ser testigos de Él ante el mundo.

–El sacramento de la reconciliación renueva nuestro bautismo y sella en nosotros el abrazo del Padre al hijo que retorna a casa, a la vida de la gracia, haciéndole experimentar el perdón y la paz.

–En la eucaristía nos configuramos con Cristo, muerto y resucitado, que se hace compañero de camino y alimento para nuestras vidas.

–Con la unción de los enfermos se hace especialmente presente el amor preferencial de Dios por los débiles, los enfermos, los ancianos, y se les brinda la ocasión de experimentar el consuelo y la fortaleza de su amor.

–La ordenación nos configura con Jesucristo, el Buen Pastor, a fin de realizar en su persona y en su nombre sus mismas acciones salvíficas.

–Por último, en el sacramento del matrimonio se expresa públicamente, ante la Iglesia y ante la sociedad, la fidelidad irrevocable del amor de Cristo por su Iglesia, a la que se entregó hasta el extremo, hasta dar la vida por ella.

Además, somos conscientes de que el ser llamados a «*estar con él*» (Mc 3, 14) es, ante todo, un acto de infinita misericordia por parte de Dios, pero sabemos también que cada palabra, cada gesto, así como nuestra misma presencia en medio del pueblo, es ya una ocasión para testimoniar la misericordia que Dios tiene con los hombres. Un sacerdote que

23. Juan Pablo II, *Pastores dabo vobis*, 15.

busca el encuentro, la acogida, que sabe escuchar, que es compasivo, será un signo visible y, por qué no, eficaz, de Jesucristo, el Buen Pastor. Seguro que detrás de nuestro propio itinerario vocacional encontramos sacerdotes concretos que nos han acompañado y que, con su forma de predicar, de celebrar los sacramentos y de estar con la gente nos han enseñado a seguir al Señor.

Si en todos los sacramentos se celebra y se actualiza la misericordia de Dios, a través del misterio pascual de Jesucristo, es en el sacramento de la penitencia y en el de la eucaristía donde habitualmente celebramos este amor y, como sacerdotes, lo podemos ofrecer a todos. Por eso, me detengo brevemente en cada uno de ellos.

1. *El sacramento de la reconciliación*

El papa Francisco, a lo largo de su ministerio, alude al sacramento de la confesión. Así, en la Bula de convocatoria del Jubileo, dirigiéndose a los ministros de este sacramento, recuerda: «Ser confesores no se improvisa. Se llega a serlo cuando, ante todo, nos hacemos nosotros penitentes en busca de perdón. Nunca olvidemos que ser confesores significa participar de la misma misión de Jesús y ser un signo concreto de la continuidad de un amor divino que perdona y que salva»²⁴.

Las características que ha querido que tuvieran los «misioneros de la misericordia»²⁵ pueden servirnos también a nosotros para el ejercicio cotidiano del ministerio de la reconciliación. Simplemente las enumero:

–Ser signo vivo de cómo el Padre acoge a cuantos acuden buscando el perdón.

–Ser artífices para todos, sin excluir a nadie, de un encuentro lleno de humanidad, fuente de liberación, rico en responsabilidad para superar obstáculos y reemprender la vida nueva del bautismo.

–Dejarse conducir por las palabras del apóstol Pablo: «Dios ha encerrado a todos en la desobediencia, para ser misericordioso con todos» (Rm 11, 32).

–Ser predicadores convincentes de la misericordia.

–Anunciar la alegría del perdón.

–Ser, por último, confesores acogedores, amables, compasivos y atentos especialmente a las situaciones difíciles de cada persona.

24. Francisco, *Misericordiae vultus*, 17.

25. *Ibid.*, 18.

En relación con esto, resultan muy significativas las palabras que el Santo Padre Francisco dirigió a los participantes en el Congreso que se celebró en Roma con motivo de los cincuenta años de *Presbyterorum ordinis* y de *Optatam totius*:

El bien que los sacerdotes pueden hacer nace sobre todo de su cercanía y de un tierno amor a las personas. No son filántropos o funcionarios, los sacerdotes son padres y hermanos. La paternidad de un sacerdote hace mucho bien. Cercanía, entrañas de misericordia, mirada amorosa: hacer experimentar la belleza de una vida vivida según el Evangelio y el amor de Dios que se hace concreto también a través de sus ministros. Dios que nunca rechaza. Y aquí pienso en el confesionario. Siempre se pueden encontrar caminos para dar la absolución. Acoger bien. Pero algunas veces no se puede absolver [...] Si no puedes dar la absolución, explica diciendo: «Dios te ama inmensamente, Dios te quiere mucho. Para llegar a Dios hay muchos caminos. Yo no te puedo dar la absolución, te doy la bendición. Pero vuelve, vuelve siempre aquí» [...] y ese hombre o esa mujer se marcha lleno de alegría porque ha encontrado el icono del Padre, que no rechaza nunca; de una forma o de otra lo abrazó²⁶.

2. El sacramento de la eucaristía

La eucaristía es el encuentro con Cristo presente realmente con el acto supremo de amor, el don de sí mismo; es una entrega en cumplimiento de la voluntad del Padre, capaz de hacerlo resurgir de la muerte y generar en nosotros una nueva vida, como resucitados²⁷.

El Papa nos recuerda que la eucaristía es un acto de *memoria*, puesto que en la eucaristía celebramos el memorial de nuestra salvación. Resulta interesante la llamada que el Santo Padre nos hace a ejercitar la «memoria» como una dimensión de la fe —él la llama «deuteronomica»—, una gracia que hemos de pedir y que en cada eucaristía nos introduce en la pascua, despertando en nosotros «una memoria agradecida» porque experimentamos en nuestra propia carne que la misericordia del Señor es eterna (Sal 136).

Por otra parte, la eucaristía acerca el mundo visible al invisible, el hombre necesitado de misericordia al Padre misericordioso. De esta manera, «en la eucaristía aprendemos a ver la profundidad de la realidad. El pan y el vino se transforman en el cuerpo y sangre de Cristo, que se hace

26. Francisco, *Discurso* a los participantes en el congreso organizado por la Congregación para el Clero; con ocasión del 50 aniversario de los decretos conciliares *Optatam totius* y *Presbyterorum ordinis*, Vaticano, 20 de noviembre de 2015.

27. Francisco, *Lumen fidei*, 44.

presente en su camino pascual hacia el Padre: este movimiento nos introduce, en cuerpo y alma, en el movimiento de toda la creación hacia su plenitud en Dios»²⁸.

En su encíclica *Laudato Si'*, el Papa se refiere a la eucaristía en términos de gran belleza al afirmar que en ella «ya está realizada la plenitud, y [esta] es el centro vital del universo, el foco desbordante de amor y de vida inagotable. [...] La eucaristía une el cielo y la tierra, abraza y penetra todo lo creado. El mundo que salió de las manos de Dios vuelve a él en feliz y plena adoración»²⁹.

Invito a hacer de nuestra eucaristía de cada día una memoria agradecida: por la fidelidad del Señor en nuestros años de ministerio, por la historia de salvación que ha realizado en la Iglesia y en cada uno de nosotros. ¡Qué importante y cuanto bien nos hace a los sacerdotes, la memoria agradecida de la historia personal de salvación que Dios está realizando con cada uno de nosotros, de cada etapa de nuestro camino vocacional y de nuestro ministerio!

Y este agradecimiento no hemos de hacerlo tan sólo a nivel individual, sino también y principalmente en cuanto miembros de un único presbiterio y de una Iglesia particular. Una memoria que nos mueva a proclamar cada día junto con el salmista: «Cantaré eternamente la misericordia del Señor» (Sal 88).

3. VIVIMOS LA MISERICORDIA

Una tercera dimensión de nuestro ser sacerdotal es la del gobierno pastoral. Nos recuerda el papa Juan Pablo II que los sacerdotes «ejercen hasta el don total de sí mismos el cuidado amoroso del rebaño»³⁰. En la cultura y en la sociedad actuales resulta muy difícil hablar de «autoridad», y no resulta extraño percibir una desconfianza grande de la gente hacia las instituciones, también hacia la Iglesia católica. En ocasiones, la autoridad de la Iglesia se ha visto empañada por el nada ejemplar comportamiento de algunos de sus miembros; otras veces, se han cuestionado muchas cosas desde dentro de la misma Iglesia y, también, desde fuera, produciendo un rechazo, en alguna ocasión justificado y muchas otras veces no, hacia su misión.

28. *Ibid.*, 44.

29. *Ibid.*, 236.

30. Juan Pablo II, *Pastores dabo vobis*, 15.

Si no nos anunciamos a nosotros mismos y si no somos dueños de la verdad ni de las acciones salvíficas de Cristo, tampoco poseemos la autoridad sobre el pueblo de Dios que se nos ha encomendado como «un poder» que debamos ejercer de manera arbitraria. Todo lo contrario, nuestra consagración y nuestra vida son el instrumento elegido por Dios para ponerlo al servicio del pueblo, de la Iglesia, de todos los hombres, siguiendo el ejemplo de Cristo que nos dice: «Yo estoy en medio de vosotros como el que sirve» (Lc 22, 27). De ahí que nuestra misión no sea otra que la de «lavar los pies» a nuestros hermanos, sentarlos a la mesa del Señor y servirles el verdadero alimento, a fin de que tengan vida y vida abundante (Jn 10, 10).

Señalo brevemente algunos puntos que el Papa ha querido poner de relieve y que pueden ayudarnos a vivir nuestro ministerio desde la misericordia:

1. *Ser para los demás*

En la homilía de su primera misa crismal, el Santo Padre nos recordaba que «la unción [...] no es para perfumarnos a nosotros mismos, ni mucho menos para que la guardemos en un frasco, ya que se pondría rancio el aceite [...] y amargo el corazón»³¹. Hemos sido ordenados, hemos sido ungidos para servir a un pueblo, nuestro sacerdocio es, por consiguiente, ministerial, en el sentido más auténtico de la palabra. El sacerdote es, ante todo, el ser para los demás. Por esta razón, la Iglesia, y de una forma especial, el ministro ordenado, «vive un deseo inagotable de brindar misericordia, fruto de haber experimentado la infinita misericordia del Padre y su fuerza difusiva»³².

Jesús aparece como el referente para nuestra forma de ejercitar la autoridad: «Un amor que se dona y ofrece gratuitamente. Sus relaciones con las personas que se le acercan dejan ver algo único e irrepetible. Los signos que realiza, sobre todo hacia los pecadores, hacia las personas pobres, excluidas, enfermas y sufrientes llevan consigo el distintivo de la misericordia. En él todo habla de misericordia. Nada en él es falta de compasión»³³.

31. Francisco, *Homilía en la Misa crismal*, Basilica de San Pedro, Jueves santo, 28 de marzo de 2013.

32. Francisco, *Evangelii gaudium*, 24.

33. Francisco, *Misericordiae vultus*, 8.

2. *Un ministerio en salida*

No hemos recibido el ministerio sacerdotal para guardárnoslo, sino para ejercerlo a favor de los demás. La llamada a una «nueva» evangelización, es siempre actual en la Iglesia. Seguimos al Buen Pastor que sale a buscar la oveja perdida y que celebra una fiesta cuando la encuentra. Se trata de una Iglesia con las puertas abiertas, también las puertas físicas de los templos³⁴, donde «costumbres, estilos, horarios, lengua, estructuras...» sean un «cauce adecuado para la evangelización del mundo actual»³⁵. Una Iglesia, —como nos recuerda el Pontífice—, «accidentada, herida y manchada por salir a la calle, antes que una Iglesia enferma por el encierro y la comodidad de aferrarse a las propias seguridades»³⁶, una Iglesia, en fin, «descentrada», donde el centro lo ocupe Cristo, presente en la Palabra, en los sacramentos y en cada persona, que con su luz ilumina el camino de los hombres.

¿Cómo podemos retener el tesoro de la misericordia de Dios? ¿Cómo no llevarlo a todos los rincones de nuestras parroquias y comunidades? Es el Maestro mismo quien nos dice: Lo que yo he hecho con vosotros, hacedlo vosotros también (Jn 13, 12.14).

3. *Una Iglesia pobre, entre los pobres*

El papa Francisco nos recuerda con frecuencia que la opción por los pobres no es ni debe ser para el cristiano una cuestión filosófica, política o sociológica, sino que principalmente se trata de una categoría teológica. La «Iglesia pobre para los pobres»³⁷ nace, por tanto, del dato revelado de Cristo, que «siendo rico se hizo pobre, para enriquecernos con su pobreza» (2 Cor 8, 9) ¿Puede haber acto de mayor misericordia?

El Papa nos llama la atención no sólo sobre la necesidad de atenderlos, incluso espiritualmente, sino que con audacia nos invita a aprender de ellos, pues ellos son también lugar de la revelación de Dios. Unido a este cuidado por los más pobres, hay en el mensaje del Santo Padre una llamada constante a vivir sobriamente³⁸, sin privilegios, para no ser rehuidos por los que menos tienen. En la misa crismal de 2016, el Papa nos recordaba

34. Francisco, *Evangelii gaudium*, 47.

35. *Ibid.*, 27.

36. *Ibid.*, 49.

37. *Ibid.*, 198.

38. «La sobriedad que se vive con libertad y conciencia es liberadora. No es menos vida, no es una baja intensidad, sino todo lo contrario» (Francisco, *Laudato Si'*, 223).

que «estamos oprimidos, pero no por amenazas ni empujones, como tanta pobre gente, sino por la fascinación de mil propuestas de consumo que no nos podemos quitar de encima para caminar, libres, por los senderos que nos llevan al amor de nuestros hermanos, a los rebaños del Señor, a las ovejitas que esperan la voz de sus pastores»³⁹.

4. *Signo de comunión entre nosotros*

Un aspecto importante que quisiera también poner de relieve es el de la comunión fraterna entre los miembros del presbiterio. La comunión es el don por el cual el Señor hace que pueda experimentarse el amor entre aquellos que de por sí son diversos. Esta comunión, por tanto, tiene un origen sacramental, y es, como todo en nuestro ministerio, «don» y «tarea».

El otro, «nos pertenece» por el amor⁴⁰. Si hemos recibido el mandato de cuidar de cada persona, cuánto más hemos de hacerlo entre aquellos a los que nos une un mismo vínculo sacramental. Por eso es necesario que cuidemos las formas de vida en común que tengamos: la oración, el trabajo pastoral e incluso el tiempo libre o el descanso, ya que son también espacios de misericordia. Hoy, más que en otras épocas, es fundamental que nos cuidemos, que los obispos acojan y escuchen a sus sacerdotes, y que los sacerdotes se ayuden y acompañen entre ellos.

CONCLUSIÓN

Hemos tenido la gracia de vivir el Año jubilar de la misericordia, durante el cual, hemos hecho partícipes de la misma a nuestros hermanos, a la vez que también la hemos experimentado nosotros. Ojalá que la misericordia nos indique el rumbo a seguir y nos ayude a todos a crecer en la generosidad de nuestra entrega al plan de salvación de Dios sobre el mundo.

No ha de faltar en nuestro ministerio una mirada tierna y profunda a la Virgen, «Reina y Madre de misericordia», para aprender de ella a ser misericordiosos con todos, comenzando por los que tenemos cerca, por

39. Francisco, *Homilía en la Misa crismal*, Basílica Vaticana, Jueves Santo, 24 de marzo de 2016.

40. «Los discípulos del Señor, unidos a Cristo mediante la eucaristía, viven en una comunión que los vincula los unos a los otros como miembros de un solo cuerpo. Esto significa que el otro me pertenece, su vida, su salvación, tienen que ver con mi vida y mi salvación. Aquí tocamos un elemento muy profundo de la comunión: nuestra existencia está relacionada con la de los demás, tanto en el bien como en el mal; tanto el pecado como las obras de caridad tienen también una dimensión social» (Benedicto XVI, *Mensaje para la Cuaresma 2012*).

nuestros fieles y por nuestros hermanos en el ministerio. Ella acogió la Palabra sin condiciones, se puso en camino, intercedió por el pueblo, estuvo al pie de la cruz y tuvo la dicha de experimentar con los apóstoles, tras la resurrección del Señor, el nacimiento de la Iglesia.

Y secundando también al Santo Padre, pidamos la intercesión de los santos, y de una forma especial de san José, esposo de María Virgen, para que no falten vocaciones al sacerdocio y a la vida consagrada en nuestra Iglesia y para que, con su intercesión, podamos ser fieles custodios de la obra que Dios ha puesto en nuestras manos, colaborando así con el Espíritu Santo en la obra que él quiere realizar en nuestras parroquias y comunidades, en nuestras diócesis y en toda la Iglesia universal.